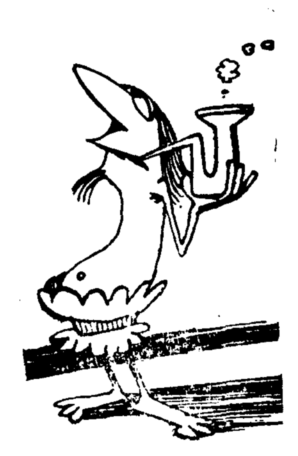
LA TEORIA MARXIANA DE LA ACUMULACION PRIMITIVA Y LA INDUSTRIALIZACION DEL TERCER MUNDO

ernest mandel



Sorprendente reproche el que hizo Josef Schumpeter a la teoría económica de Marx, según el cual habría sido incapaz de desarrollar una teoría de la acumulación originaria del capital que guardara congruencia con su teoría del «interés» (es decir, de la plusvalía).[1] En realidad, uno de los principales méritos de la teoría económica de Marx es que logró integrar teoría e historia, no sólo porque Marx partía del reconocimiento del carácter histórico transitorio, o sea, determinado socialmente, de las llamadas «categorías de la economía política», sino también porque su método de investigación era genético, es decir, que concebía el origen, expansión y perecimiento de esas categorías como un proceso histórico. Y precisamente en el marco de ese método de investigación hacía hincapié especial en el *origen* histórico y económico del capital y en las diversas formas históricas de la plusvalía, según hubiera que considerar la plusvalía como resultante de la circulación en la sociedad precapitalista o como creada en el proceso de producción en la sociedad capitalista.[2]

La teoría marxiana del capital (el capital es el valor engendrador de plusvalía) se funda en el conocimiento dialéctico del proceso económico del intercambio. En la producción simple de mercancías, según se da en una

[1] Josef Schumpeter, *Business Cycles*, I, p. 229, N.Y., 1939.

[2] Los principales lugares donde Marx expone su teoría de la acumulación primitiva son: *Das Kapital*, I, cap. 4 y 24; en parte también los cap. 11 y 25 (Otto Meissner Verlag, Hamburgo 1921). —*Grundrisse der Kritik der politischen Okonomie*, Berlín 1953: pp. 151-166, 224-226; 718-734; 755-762; en parte también pp. 375-412.

 sociedad de economía todavía predominantemente natural, se desarrollan lado a lado un proceso de *circulación simple de mercancías* (M-D-M), a cargo de artesanos y campesinos, y un proceso de *circulación de dinero* (D-M-D), que permite las primeras formas de la plusvalía —constituida por el *intercambio desigual* y que toma cuerpo en el capital usurero y comercial. La primera fase de la acumulación primitiva de capital-dinero—, que en Europa ocurre a principios de la Edad Media, significa la apropiación de la plusvalía por el capital mediante la expropiación de otras clases sociales; señores feudales y reyes cambian rentas naturales contra capital usurero; regiones atrasadas o pueblos extranjeros cambian mercaderías contra menos dinero del que se consigue colocándolas en las ferias europeas. El origen del capital se halla en este intercambio desigual que, al extenderse la economía de dinero, abarca cada vez más capas de la sociedad, hásta llegar al endeudamiento general de la población respecto del capital-dinero.[3]

En la forma de producción capitalista, este proceso se convierte en su contrario. Ahora la regla es el intercambio de valores equivalentes; la estafa se vuelve excepción y tiene lugar en la periferia de la vida económica. La apropiación de la plusvalía (D-M-D) no se realiza ya en la circulación simple sino incluye todo el proceso de la producción. El dinero se convierte en capital en el proceso de la circulación sólo cuando es empleado en la compra de máquinas, materias primas, etc. (capital constante) y en la compra de mano de obra (capital variable), las que se transforman por su aprovechamiento en el proceso de producción en mercaderías elaboradas; finalmente, al venderse éstas, se reconstituye el capital agrandado por la plusvalía obtenida.

Aunque el aprovechamiento en el proceso de la producción capitalista del capital productivo crea la plusvalía sobre la base del cambio de valores iguales, no se trata, sin embargo, de intercambio equivalente. El intercambio de capital y trabajo (compra de la mano de obra por el capital) es un cambio desigual de valores iguales: la mano de obra tiene para el capital un valor de uso especial: crear más valor del que él mismo cuesta.[4] En la economía capitalista mundial hay, además, un proceso de canje de valores desiguales,

[3] «El engaño en el intercambio es la base del comercio en cuanto éste hace su aparición independiente». (*Grundisse*, p. 742); «Mientras el capital comercial sirva de vehículo al cambio de productos de comunidades poco desarrolladas, la ganancia comercial no sólo aparece como engaño y estafa, sino que se deriva en gran parte de estas fuentes». *(Das Kapital*, III, I, pp. 314-315).

[4] En las *Theorien über den Mehrwert*, vol. 3, Marx diferencia, con referencia a Adam Smith y Richard Jones, el canje entre capital y trabajo del canje entre renta y trabajo. Lo decisivo al respecto es la intervención del trabajo en la producción de mercaderías. La diferencia entre esas dos formas de intercambio hace «toda la distinción entre la forma de producción capitalista y la no capitalista». (p. 496, Stuttgart 1910).

determinado por el distinto grado de productividad de las naciones que
trafican entre sí.[5]

A la luz de la teoría económica marxiana, el proceso histórico del origen y apropiación de la plusvalía constituye, por tanto, una unidad dialéctica con tres momentos distintos: canje desigual sobre la base de valores desiguales: canje igual sobre la base de los valores iguales: canje desigual sobre la base de valores iguales. Sólo la consideración de esos tres momentos históricos permite responder a la pregunta sobre la manera como se ha originado el capital en el mundo occidental, cómo ha crecido y cómo se ha extendido. Nos tropezamos así de inmediato en dos lugares (canje desigual en la época precapitalista e intercambio desigual en el comercio mundial actual), con una relación específica entre el capital occidental y los llamados países en desarrollo, de lo cual se tratará con más detalle en el curso de este artículo.

Sabemos que antes de la difusión de la forma de producción capitalista, el capital se apropió la plusvalía mediante, sobre todo, el canje desigual. Pero el capital usurero y el capital comercial constituyeron en la Edad Media sólo la primera etapa; explican la manera cómo, en una sociedad caracterizada casi enteramente por una economía natural y una gran escasez de dinero y capital, podían empero atesorarse y propagarse grandes cantidades de dinero y de capital. Las nuevas investigaciones históricas comprueban por completo el papel decisivo que durante los siglos IX y X tuvieron «los brutales saqueos, piraterías y robos de esclavos» (según los términos de Marx) en el desarrollo de las ciudades italianas. Ya en la Edad Media existía en el campo del capital comercial y bancario una concurrencia precapitalista de capitales que incluso dio origen a cierto ajuste de las tasas de beneficio.[6]

Se trata no obstante de procesos que ocurren predominantemente en la periferia de la vida económica, es decir, fuera de la producción y de la circulación conectada directamente con la producción. La usura, el crédito a los príncipes y el comercio mayorista de mercaderías extranjeras y de lujo son las operaciones principales de este capital. Aunque en el curso de tal actividad pueden llegarse a reunir grandes caudales, sin embargo, dentro de las

[5] «Comparado con el trabajo nacional menos intensivo, el más intensivo produce, por tanto, en tiempo igual más valor, el cual expresa en más dinero. Pero tanto más se modificará la ley del valor en su aplicación internacional cuanto más se considere intensivo el trabajo nacional productivo en el mercado mundial, siempre que la nación productora no se vea obligada por la competencia a bajar el precio de venta de su mercancía por debajo de su valor». (*Das Kapital*, III, p. 218-221).

[6] Véase al respecto el artículo de R. López, *The Trade of Medieval Europe*, en el 2º vol. de la *Cambridge Economic History of Europe*, 1952, p. 334 y ss.

 condiciones reinantes de la sociedad feudal, nunca llegaron a dominar la economía, es decir, la producción; políticamente el capital sigue sometido —aquí a los latifundios feudales de los príncipes, allá a la dominación proteccionista de los gremios de las ciudades.

Sólo a fines del siglo XV y comienzos del XVI, al iniciarse la segunda fase de la acumulación primitiva (la acumulación primitiva de capital industrial), conquista definitivamente el capital la supremacía en la economía y la sociedad. La poderosa expansión del capital comercial con el surgimiento de las primeras sociedades por acciones, la formación de la deuda pública moderna y las bolsas modernas, el desarrollo de los primeros bancos modernos, la penetración del capital en la producción industrial y agraria (entre otros, en el desenvolvimiento de la *nouvelle draperie*, las editoriales, la manufactura y la agricultura moderna en Bélgica, Italia septentrional, Francia septentrional y, posteriormente, Inglaterra), estas son las conocidas etapas de la ofensiva del capital occidental en la época de la «acumulación primitiva» propiamente tal, que precedió a la revolución industrial de mediados del siglo XVIII y que, en gran parte, la hicieron posible.

La problemática económica que plantea este trastorno histórico es amplia y compleja: ¿De dónde procedía el repentino acopio de grandes capitales que permitió su utilización productiva? ¿Cómo se produjo la rápida modificación de las relaciones sociales que facilitó el éxito de esta ofensiva? ¿Qué desplazamiento de la relación de fuerzas políticas sirvió de fundamento a esa modificación? ¿Cómo se comportaron el régimen feudal en el campo y el gremial en las ciudades ante la presión de la nueva fuerza turbadora? ¿Qué cambios técnicos —no sólo en la producción sino también en el comercio y la finanza, en la contabilidad— hicieron posible y facilitaron esa transformación?

En el célebre capítulo XXIV del primer tomo de *El Capital*, dedicado a la «llamada acumulación originaria», Marx subraya sobre todo las condiciones previas de esa reunión de capitales (en primer lugar, el violento apartamiento de un gran número de productores de su acceso tradicional a los medios de vida y producción, principalmente la tierra) y su origen económico en el saqueo del exterior (sistema colonial), saqueo de las propias poblaciones (régimen tributario y sistema proteccionista) y saqueo del Estado (sistema de la deuda pública), como podríamos decir glosando una observación de Engels sobre la antigua forma asiática de producción.[7] Se

[7] «El gobierno en Oriente no tiene, como siempre, más que tres departamentos: finanzas (pillaje del interior), guerra (pillaje del interior y del exterior) y *travaux publics* (inquietud por la reproducción)» (*Briefwechsel zwischen Marx und Engels*, Stuttgart 1921).

acentúa aquí, sobre todo, el fenómeno del canje desigual, siendo el robo y el saqueo descarados no más que el extremo de sus consecuencias lógicas.

En vista de la problemática contemporánea de los llamados países en desarrollo, es pertinente indicar, al menos a grandes rasgos, la contribución que involuntariamente aportaron esos países a la «acumulación originaria» del capital industrial europeo. La investigación moderna ha dado por entero razón a lo que Marx escribió al respecto:

> El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión de África en un coto para la caza de esclavos negros, son todos hechos que señalan los albores de la era de la producción capitalista. Estos procesos idílicos son factores principales de la acumulación originaria.[8]

Sí, hasta se podría decir que Marx subestimó el significado del pillaje del Terecr Mundo para la acumulación del capital industrial en Europa Occidental.

En otro sitio[9] hemos tratado de calcular las cifras más importantes de este robo directo, trata de esclavos y comercio «normal» entre 1500 y 1750:

a) E. J. Hamilton estima en 500 millones de pesos oro el valor del oro y la plata llevados por los españoles a Europa entre 1503 y 1660.

b) Colenbrander calcula en 600 millones de florines oro el botín sacado de Indonesia por la compañía neerlandesa de las Indias orientales de 1650 a 1780.

c) El padre Rinchon estima en casi 500 millones de florines oro sólo la ganancia en la trata de esclavos del capital francés durante el siglo XVIII, sin considerar el beneficio obtenido con el *trabajo* de los esclavos en las plantaciones de las Indias Occidentales, que ascendería a varias veces esa suma.

d) Según H. Wisemann y la *Cambridge History of the British Empire*, se considera que las entradas obtenidas con el trabajo de los esclavos en las Indias Occidentales británicas ascendieron por lo menos de unos 200 a 300 millones de libras oro.

[8] *Das Kapital*, I. p. 716.

[9] Ernest Mandel, Tratado de Economía marxista, Instituto del Libro, La Habana, 1969, Tomo II.

e) Finalmente, en el saqueo de la India sólo en el período de 1750 a 1800, la clase dominante de la Gran Bretaña obtuvo entre 100 y 150 millones de libras oro.[10]

Si sumamos estas cantidades, resultan más de 1 000 millones de libras de oro, o sea, más que el valor de todo el capital invertido en todas las industrias europeas por el año 1800. La afluencia de esta gigantesca masa de capital a las naciones mercantiles de Europa entre los siglos XVI y fines del XVIII, no sólo creó un ambiente favorable a las inversiones y el «espíritu de empresa», sino que en muchos casos comprobables financió directamente el establecimiento de manufacturas y fábricas que dieron impulso a la revolución industrial.[11]

Un paralelo histórico puede ilustrar la magnitud de esa concentración internacional de riqueza al iniciarse la revolución industrial. Es sabido que en el ámbito de la cultura antigua comprendido entre el Sahara, el Rin y el Danubio, el mar Negro y la India, los tesoros acumulados sucesivamente por los imperios egipcio, babilónico, persa y alejandrino, convergieron en Roma y durante varios siglos financiaron el poderío militar del Imperio romano y el lujo de sus clases dirigentes. Una concentración internacional de riqueza de la misma especie tuvo lugar entre fines del siglo XV y finales del XVIII. Gran parte de todo el metal precioso encontrado en los cinco continentes (con excepción de China y Japón) desembocó en Europa occidental y allí se multiplicó con el rendimiento de la trata de esclavos, el trabajo de éstos y un comercio mundial basado en el intercambio desigual.

Los beneficios del capital usurero y comercial en una sociedad de economía aún predominantemente natural, no es un fenómeno típicamente europeo. Se presentó en la Antigüedad, en Bizancio, en los dominios del Islam, en la India e Indonesia, en la China y el Japón (antes de los contactos con los conquistadores europeos), sí, incluso en el imperio azteca en la víspera de

[10] Fuentes: E. J. Hamilton, *American Treasure and the Price Revolution in Spain*, Cambridge 1934, pp. 34, 37, 38; Dr. H. T. Colenbrander, *Koloniale Geschiedenis*, 1925 II, p. 247; R. P. Rinchon, *Le trafic négrier*, Bruselas 1938, pp. 22, 129, 130, 211, 304; H. V. Wisemann, *A short History of the British West-Indies*, 1950 pp. 50, 58; *The Cambridge History of the British Empire*, 1929, I, p. 380; Sir Percival Griffiths, *The British Impact on India*, Londres 1952, pp. 374, 375, 402, 403.

[11] Cita de Gaston Martin, *Historie de l'Esclavage dans les Colonies françaises*, París 1948, pp. 90-91: «Cada vez que volvían (los barcos dedicados a la trata de esclavos), daban lugar a la erección, en el curso del siglo XVIII, de manufacturas, refinerías, tintorerías, fábricas de artículos de confitería, cuyo número creciente demuestra la extensión del movimiento de mercaderías y de la industria. Por ejemplo, en Nantes se crearon en ese siglo, 15 refinerías, 5 manufacturas de algodón (...), dos grandes fábricas de colorantes, dos de artículos de confitería...» Sobre la relación del pillaje «primitivo» de la India con el comienzo de la revolución industrial en Inglaterra, Véase: Brooks Adams, *La loi de la civilisation et de la décadence*.

la aparición de los españoles. El mecanismo económico de ese proceso era, en general, el mismo que en la Edad Media europea: apropiación de una parte de la renta de bienes raíces y de los ingresos públicos (o la hacienda pública) por la burguesía de usureros, banqueros y comerciantes. La acumulación originaria de capital-dinero era considerable y a veces mucho más cuantiosa que en Europa.[12] También la base técnica para la revolución industrial (conocimientos técnicos, sistema de manufacturas, venta posible en el exterior, etc.) se presentó en algunos casos en esos círculos culturales antes que en los europeos.

Con todo, no es una casualidad que la revolución industrial ocurriera, sin embargo, en Europa y no en otros círculos culturales. Los motivos de ello han sido indicados por Marx en su *Grundrissen,* aunque no los haya elaborado por completo. Había que buscarlos en la relación diversa entre poder político y clase burguesa: allá es el uno todopoderoso, la obra débil; aquí, el uno débil, la otra todapoderosa; lo que hace que allá la acumulación de capital sea discontinua, aquí contínua. En última instancia depende el desigual desarrollo del capital en Occidente y Oriente de la diversidad de la agricultura: la diferencia de las relaciones entre tierra, agua y número de habitantes determina allá una agricultura de riego con fuerte centralización de la plusvalía social, aquí una explotación en parcelas y una fuerte descentralización de la plusvalía social.[13]

Sin embargo, no habría que exagerar la desigualdad de la acumulación de capital-dinero en los distintos círculos culturales. Al menos un caso, el del Japón, prueba que a pesar del atraso de varios siglos que algunas culturas tenían en el siglo XVI respecto a la formación de capitales en Europa occidental, era enteramente posible dar el salto de la acumulación originaria del capital-dinero a la acumulación originaria de capital industrial, es decir hubiera sido posible, de no haberse iniciado repentinamente, desde comienzos precisamente del siglo XVI, el proceso de la concentración internacional del capital.

La doble tragedia de los países en desarrollo consiste en que no sólo fueron víctimas de ese proceso de concentración internacional, sino que posteriormente deben tratar de compensar su atraso industrial, es decir, realizar la

[12] Unos ejemplos: La viuda de Muhassin, ministro del califa Muqtadir, tuvo que pagar 700 000 dinares de oro a su soberano y todavía retuvo una fortuna considerable (Reuben Levy, *The Social Structure of Islam,* 1962, p. 307); el príncipe imperial Hsia, que murió en el año 144 a. C., habría dejado unos 400 000 «catties» de oro de herencia (un «cattie» correspondía a unos 600 gr.) (Lien Sheng-Yang, *Money and Credit in China,* 1952, p. 4.).

[13] Citado en: *Grundrisse der Kritik der politischen Okonomie,* pp. 377-382.

 acumulación originaria de capital industrial, en un mundo que está inundado con los artículos manufacturados por una industria ya madura, la occidental. En otras palabras: en tanto que entre los siglos XVI y XIX, el mercado mundial y la economía mundial impulsaron la industrialización del Occidente, sobre todo por la afluencia a esa región de las riquezas del suelo y de capital-dinero, fuentes principales de la acumulación primitiva de capital industrial, desde fines del siglo XIX el mercado mundial y la economía mundial son dos de los obstáculos principales a la industrialización del Tercer Mundo, precisamente en la medida en que frenan la acumulación originaria de capital industrial.

Los recursos de que disponía la sociedad de Europa occidental en la Edad Media tardía y comienzos de la Moderna para la acumulación primitiva de capital industrial, existen, desde el siglo XIX, en numerosos países en desarrollo; desde este siglo, en prácticamente todos. La lenta disolución de las comunidades tribales y de aldeas tradicionales por la penetración de la economía de dinero y la producción de mercancías y por la paulatina separación de la tierra de los aldeanos, ya sea por el desalojo forzoso o por el endeudamiento, ya sea por la creciente presión demográfica en el campo, son fenómenos observables en todos los llamados países en desarrollo. Labradores ricos, comerciantes, usureros, políticos corrompidos arrebatan a los campesinos todo lo que puede arrebatárseles. Las fuentes principales de acumulación originaria de capital corren en gran abundancia en la mayoría de los países del Tercer Mundo; las consecuencias son una creciente miseria de los campesinos, hambres periódicas o crónicas, considerable empleo insuficiente y un incremento del éxodo del campo que conduce a la proliferación cancerosa de *slums, bidonvilles y favellas* en las grandes ciudades de los países en desarrollo.[14]

Tomemos el ejemplo de la India y tendremos una muestra de porqué se consideran «trascendentales para la historia de la acumulación primitiva»

[14] En 1925 ya había explicado Eugen Preobrashenski (en su *Novaja Ekonomika*), que incluso después de la socialización de los medios de producción en los países poco desarrollados, el intercambio desigual entre ciudad y campo (entre el sector socialista de la industria y el sector privado de la agricultura), constituiría la base principal de la «*acumulación socialista originaria*». Había añadido, sin embargo, que ello no estaría acompañado de una pauperización de los campesinos sino de una elevación de su nivel de vida, en la medida en que el proceso se basara en un aumento de la productividad del trabajo agrícola cuyos frutos habrían de compartir el campesino y la ciudad. Pero al llevar a efecto Stalin la industrialización acelerada (entre otras cosas, la construcción de la primera fábrica de tractores) con atraso y la colectivización de la agricultura con precipitación, desbarató las proporciones requeridas, y originó el empobrecimiento en masa de los campesinos y la baja repentina de la productividad del trabajo en la agricultura, lo que durante tres decenios impuso sacrificios innecesarios a la economía y la población soviéticas.

todas las transformaciones «que sirvieron de palanca a la clase capitalista en formación, en especial los momentos en que súbita y violentamente grandes masas humanas fueron despojadas de sus medios de subsistencia y arrojadas como proletarios fuera de la ley en el mercado del trabajo. La expropiación que de sus tierras sufrieron los productores agrícolas, los campesinos, constituyó la base de todo el proceso.[15] El profesor Bonné calcula que en la India la proporción de la población adulta masculina sin trozo alguno de tierra pasó de 7,5 millones en 1822 a 35 millones en 1933 y a 68 millones en 1944.[16] Esa expropiación es tan acelerada que entre los años 1950/51 y 1956/57 el porcentaje de las familias indias de trabajadores agrícolas completamente desposeídos creció del 50 al 57 por ciento; al mismo tiempo la proporción de los trabajadores agrícolas endeudados subió del 45 al 64 por ciento.[17] Al respecto hay que considerar que la masa de los trabajadores agrícolas forma más de un tercio (casi cerca de dos quintos) de la totalidad de habitantes masculinos de las aldeas. El 59 por ciento de las «empresas» agrícolas dispone de menos de 5 acres de tierra, o sea, que están al borde de la ruina.[18]

En Europa occidental ese proceso llevó por una parte al despojo y miseria de los campesinos, a su empobrecimento masivo; por otra, a la formación de capital industrial, a una cantidad siempre creciente de empresas industriales. En los países en desarrollo se ha repetido por completo sólo un lado del proceso; el otro, en cambio, sólo en parte y en un volumen enteramente insatisfactorio. Hay por tanto que averiguar los motivos para que la rápida elevación de la acumulación primitiva de capital-dinero no haya tenido como resultado una industrialización efectiva del Tercer Mundo, o únicamente en grado inadecuado. Sólo un estudio de la estructura social y económica general del Tercer Mundo, así como de la forma específica de su integración en el mercado mundial capitalista permite dar respuesta a esa pregunta.

La inclusión en el mercado mundial de los países en desarrollo ocurrió por iniciativa del capital occidental, el cual en la mayoría de los casos no tenía, sin embargo, posibilidad —por falta de demanda dentro del Tercer Mundo—, ni interés —por repugnancia a hacer concurrencia a su propia industria—, en erigir allí una industria manufacturera moderna. El mercado de consumo para el cual deseaba producir mercancías en los países en desarrollo se encontraba principalmente fuera de esos países mismos. Por tanto, se efec-

[15] *Das Kapital*, I, pp. 681 y ss.

[16] Alfred Bonné, *Studies in Economic Development*, 1957.

[17] *Agricultural Labour in India*, ed. V. K. R. V. Rao, 1962.

[18] A. R. Desai, *Rural Sociology in India*, Bombay 1959.

 tuaron única y exclusivamente aquellas inversiones que concordaban con la industria capitalista de Occidente, o que la complementaban: elaboración de materias primas minerales y vegetales y de productos alimentarios.[19]

Surgió una repartición específica del trabajo en el mercado mundial que poco tenía que ver con las condiciones geográficas o climáticas y que fundamentalmente correspondía sólo a las necesidades occidentales de aprovechamiento del capital en determinada etapa de su desarrollo histórico.[20] La limitación de los sectores «modernos» de la economía en los llamados países en desarrollo a las plantaciones, minas y pozos de petróleo condujo a la aparición temida del «monocultivo» o la «monoproducción» que hace depender al Tercer Mundo de las oscilaciones de precios en el mercado mundial y de los grandes monopolios de materias primas que controlan sus riquezas nacionales.[21]

La unilateral división internacional del trabajo determina, por un lado, que se seque una fuente importante de acumulación primitiva de capital industrial en los países en desarrollo, a saber, la mayoría de la plusvalía producida en el país. Esta se realiza en el mercado mundial, y, o no vuelve en absoluto al país de origen (cuando, por ejemplo, los monopolios logran imponer alambicadas fórmulas jurídicas para la repartición de las ganancias entre compañías de producción, de transporte y de venta, las que son todas filiales del mismo grupo financiero), o después de un retorno provisional, vuelve de nuevo al Occidente en forma de dividendos, regalías, intereses, honorarios para bancos y compañías de seguros, etc.[22]

Determina, por otro lado, una estructura del comercio mundial fundada en un intercambio desigual según un modelo que Marx analizó en forma clá-

[19] Cf. la predicción de Marx según la cual la burguesía británica trataría de liberarse de su dependencia de la producción algodonera de los estados meridionales de los E.U.A. fomentando el cultivo de algodón en otros países. En: *Neue Rheinische Zeitung —Politisch-ökonomische Revue*, cuad. 5, mayo-octubre, p. 311-12. Esta predicción se cumpliría mediante el desarrollo del cultivo del algodón en la India y Egipto.

[20] Hoy en día se modifican por cierto esos intereses en la medida en que las exportaciones de las potencias industrializadas consisten más y más de máquinas y equipamiento industrial cuya introducción en los países en desarrollo presupone, en parte, la industrialización de esos países. Se produce así un antagonismo entre los intereses de los fabricantes de máquinas y los de artículos elaborados de los países occidentales con respecto a la «ayuda para el desarrollo».

[21] Sobre este tema es abundante la literatura. Citamos aquí sólo un ejemplo: Stacy May y Galo Plaza, *The United Fruit Co. in Latin America*, 1958.

[22] Cuán fuerte puede ser la carga del servicio de la deuda externa sobre la balanza de pagos de un país en desarrollo, muestra de modo contundente el caso de la India: Se considera que en 1966 ese servicio ascendía al 20 por ciento de todas las entradas de exportación de la India; hacia fines del cuarto Plan quinquenal absorberá hasta el 28% de las entradas.

sica en el tercer volumen de *El Capital:* (Los capitales colocados en el comercio exterior producen una tasa más alta de beneficio, porque aquí se compite en primer lugar con mercancías que los otros países fabrican con menos facilidades de producción, de modo que el país adelantado vende su mercancía a un precio por encima de su valor, aunque más barato que el de la concurrencia (...) El país privilegiado consigue más trabajo en canje de menos trabajo, aunque esta diferencia, este plus, como en general sucede en el intercambio entre trabajo y capital, sea embolsado por determinada clase.[23]

El análisis contemporáneo de los efectos devastadores que el desarrollo negativo de las relaciones de intercambio han tenido sobre los países en desarrollo, aporta la comprobación empírica de ese diagnóstico teórico. Pues, ¿qué significa, desde el punto de vista de los países en desarrollo, el deterioro de las relaciones de intercambio sino que cada vez debe exportarse más trabajo de esos países, cristalizado en mercancías coloniales, para poder adquirir una cantidad igual de artículos industriales elaborados? El comercio internacional entre naciones en distinto grado de adelanto industrial reposa además, pues, en un canje de valores desiguales, mediante el cual los países industrializados se apropian una parte de la plusvalía obtenida por los países pobres.[24]

Antes, por tanto, de que aparezca en los países del Tercer Mundo el poseedor de dinero, ya una parte importante del fondo de acumulación potencial ha huido al extranjero y se ha perdido para el proceso efectivo de la acumulación. No hay por qué explicar en detalle que esa pérdida es notablemente mayor que toda la «ayuda para el desarrollo» concedida al Tercer Mundo, y que esa «ayuda» además no se aplica al desarrollo industrial sino sólo a financiar las exportaciones de los estados industriales a los países en desarrollo (y también a financiar una especie de póliza de seguro contra las revoluciones sociales). Las cifras hablan un lenguaje muy claro.[25] Cuando a pesar de ello, parte de dicha «ayuda para el desarrollo» se aplica a nuevas

[23] *Das Kapital,* III, i, p. 218-9.

[24] Decimos «países industrializados» y no «países capitalistas», porque también los países de medios de producción socializados aplican este canje desigual en cuanto comercian a los llamados precios del mercado mundial.

[25] Sólo en el período de 1950 a 1960 ha bajado la parte correspondiente a los países en desarrollo en el comercio mundial del 30 al 20,4 por ciento, principalmente a causa de la evolución para ellos negativa de las relaciones de intercambio (Naciones Unidas, División de Asuntos Económicos y Sociales, *Informe económico Mundial* 1962, I, *Los países en desarrollo y el comercio mundial,* pp. 2-3). En 1962 los precios de las materias primas eran en promedio un 38 por ciento inferiores al nivel de 1954, lo que significó para los países en desarrollo una pérdida de 11.000 millones de dólares, en comparación una «ayuda para el desarrollo» ese año de unos 8.000 millones.

 industrias de elaboración, sólo puede considerarse esto como un resultado secundario de la política general, lo que por lo demás encuentra una crítica siempre más severa en los círculos financieros occidentales.

Ahora, con todo, hace su aparición en los países del Tercer Mundo, el propio poseedor de dinero. Sabemos que la acumulación de capital-dinero continúa sin interrupción. Parte de ese capital (o de los valores que se crean fuera del país como capital adicional) se pierde por cierto para la economía nacional. Pero lo que queda es todavía bastante considerable para permitir un proceso acelerado de industrialización. Si no ocurre tal, es porque en las condiciones sociales y económicas existentes el poseedor de dinero nativo no tiene interés alguno en convertir su capital-dinero en capital industrial.

Para la comprensión de este estado de cosas es imprescindible una breve referencia a dos cosas: los riesgos y posibilidades de beneficio del capital industrial en los países en desarrollo, por una parte; y los riesgos y posibilidades de ganancias de las otras inversiones de capital en dichos países, por otra.

Los principales obstáculos al rápido desarrollo de una industria privada rentable son la gran pobreza del país; la limitación relativa de la demanda solvente; el hecho de que grandes grupos de la población viven al margen o completamente fuera de la economía de dinero (de los llamados «sectores modernos» de la economía); la competencia de la producción en masa, mejor confeccionada, de los países industrializados; la ausencia de una red moderna de comunicaciones y comercio que una las aldeas con los grandes centros de producción, etc. En tales condiciones el establecimiento de industrias no sólo significa un riesgo sino que es casi imposible sin el apoyo y la protección oficiales.[26]

Por otra parte, se puede colocar el capital en negocios que rinden beneficios mayores y más seguros que la fundación de empresas industriales. Esto se aplica en primer lugar a la adquisición de tierras y especulación con terrenos. La poderosa presión sobre la tierra de la sobrepoblación y el empleo insuficiente determinan una continua elevación del arrendamiento de la tierra. El éxodo rural y la rápida extensión de las grandes ciudades determinan igualmente la firme alza del precio del suelo en las ciudades. Además, el comienzo de la gran explotación capitalista del campo rinde ganancias considerables.[27] Lo cual significa que mientras subsistan las condiciones

[26] Lo mismo es en parte válido para los comienzos, si no de la gran industria misma, al menos de la manufactura industrial de muchos países occidentales, aunque con una notable diferencia, esta industria «nueva» de los países en desarrollo tiene que vérselas hoy con un mercado mundial ya saturado.

actuales, el beneficio de los capitales así colocados supera en mucho al de las empresas industriales, con la añadidura que, a diferencia de éstas, se hallan libres de todo riesgo.

Posibilidades análogas se ofrecen al dueño de dinero de los países en desarrollo en el negocio de importación-exportación, el préstamo de dinero y los bancos, para callar del contrabando y otros negocios francamente sucios de la *Lumpenbourgeoisie*, que en el Tercer Mundo parece ser muy influyente. Desde luego, aquí el riesgo es mayor que en las transacciones inmobiliarias o la compra de tierra de labor; pero las grandes utilidades neutralizan el riesgo y permiten el rápido paso a los negocios legítimos. Tales relaciones también se presentaron, sin duda, en Europa occidental en la época de la acumulación primitiva de capital industrial; tuvieron más vigor en Europa oriental y el ámbito del Mediterráneo en el siglo XIX y principios de XX, pero la situación social en conjunto favorecía aquí, por lo menos en el sector de Europa occidental, la transformación de la *Lumpenbourgeoisie* en señores de la industria. Su influencia es completamente opuesta en los países en desarrollo.

La diferencia entre las concepciones de Marx y Schumpeter acerca de la industrialización capitalista se hace aquí patente. Ambos confieren el papel principal a las inversiones productivas, ya sea en la consideración del desarrollo económico del capitalismo en general, ya en la de los ciclos económicos. Ambos sitúan por ello el capitalismo al centro de sus investigaciones. Pero Schumpeter, al extrapolar el momento de la «innovación» y elevarlo a factor central del desarrollo económico,[28] extrae del conjunto de elementos de la acumulación de capital un aspecto: el espíritu de iniciativa, y corre así el peligro de que toda su argumentación se pierda por el tortuoso camino de la llamada «sicología de los pueblos». Innumerables disertaciones se han dedicado al tema de saber si este o aquel pueblo mostraba disposición a tomar iniciativas, y a «explicar» en esa forma la tardanza cada vez más manifiesta en la industrialización de numerosos países. A qué resultados sorprendentes conducirían semejantes «explicaciones» se ve perfectamente en el caso de la China, un pueblo que durante siglos ha proporcionado su clase comerciante a muchos países de Asia oriental, cuya diligencia y capacidad técnica se han vuelto proverbiales, cuya iniciativa industrial se ha puesto de manifiesto en los casos de Hong Kong y Hawai, y que, sin em-

[27] La llamada «nueva estrategia alimentaria», que el Gobierno de la India ha elaborado después de la hambruna de 1966, se concentra única y exclusivamente en el fomento de una agricultura intensiva de campesinos ricos.

[28] Joseph Schumpeter *The Theory of Economic Development*, Nueva York 1961, p. 65-94.

 bargo, cuando estalló la guerra sino-japonesa no hizo el menor intento por emprender la industrialización de su propio país. Querer explicar esa tardanza por la «falta de espíritu de iniciativa» es obviamente absurdo.[29] Sólo el estudio de las condiciones socio-económicas, que pueden favorecer la acumulación de capital-dinero pero no la de capital industrial, haría comprensible el atraso en la industrialización a fondo del Tercer Mundo.

En el capítulo de la teoría económica moderna que se ocupa en el crecimiento económico de los países en desarrollo, surge el problema de la llamada acumulación primitiva de capital en la forma del teorema del «círculo vicioso de la pobreza»: En esos países la baja renta por persona no permite sino una tasa baja de ahorros, de modo que el exiguo ritmo de inversiones a ella vinculado no admite un incremento notable de la renta por persona; por eso es tan difícil que los países en desarrollo salgan de la pobreza.[30] Este teorema se resuelve en una tautología: los países en desarrollo son pobres porque están en la pobreza, lo cual no es muy esclarecedor.

Paul A. Baran ha llevado la ofensiva principal contra ese teorema, ya puesto en duda por Nurkse, quien había demostrado que la gran pobreza de los países en desarrollo debía achacarse sobre todo al empleo insuficiente, más exactamente, empleo insuficiente cuantitativo y cualitativo.[31] Se descubrió así una de las claves para una estrategia efectiva que acelerará el desarrollo económico. Baran añadió al descubrimiento de Nurkse uno igualmente significativo cuando verificó que en los países en desarrollo el *surplus* (Nosotros preferiríamos emplear el concepto marxiano de «producto social excedente»), la mayoría de las veces constituye un porcentaje de los ingresos de la población que no es inferior sino mayor que el de los países industrializados.[32]

El verdadero obstáculo a la industrialización de los países en desarrollo no consiste, por tanto, en la falta de recursos —dicho de otra manera: en la falta de capital-dinero—, sino en aquellas condiciones socio-económicas que conspiran contra la movilización y colocación productiva en la industria del producto social excedente.

29 También el ejemplo del Japón es muy instructivo. Cuando en 1880 se vendieron las fábricas del Estado, fue un sector de la antigua nobleza feudal el que las adquirió con el producto de la indemnización por pérdida de propiedades y préstamos del Estado, y dio así impulso notable al crecimiento del capitalismo en Japón.

30 W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth*, 1962, p. 39. Rostow define incluso el *take-off* como una elevación de la tasa de inversiones del 5 al 10 por ciento. Véase empero W. Arthur Lewis, *Theory of Economic Growth*, Londres 1963, p. 236, quien también rechaza la teoría del «círculo vicioso de la pobreza».

31 Ragnar Nurkse, *Problems of Capital Formation in Underdeveloped Countries*, Oxford 1953, pp. 35-38.

32 Paul A. Baran, Economía Política del crecimiento, FCE, México 1959.

Ahora es fácil exponer una síntesis de la tesis de Nurkse y Baran en concordancia con la teoría marxiana de la acumulación primitiva de capital. La acumulación primitiva de capital-dinero no lleva a una acumulación primitiva de capital industrial sino cuando la disolución de la economía natural en el campo, la generalización de la producción de mercancías, el poder político de la clase burguesa, el papel del estado como protector de esta clase contra la concurrencia extranjera (en la actualidad, sobre todo, contra los Estados ya industrializados), han formado un complejo socio-económico que favorece la industrialización. Si no se da este complejo socio-económico, entonces la variante más probable es que este capital-dinero, a veces enorme, se escurra por canales secundarios. Se dan las posibilidades de industrialización, existen los recursos, pero no hay una clase social que dentro del orden establecido posea el poder necesario y un interés tan apremiante como para tratar de abrir brecha en esa dirección. Si ese orden es removido y la clase trabajadora, apoyada en los campesinos pobres y la *intelligenzia* de las ciudades, asume el poder político, estará en condiciones de movilizar y centralizar la fuerza de trabajo existente, en parte no utilizada, y el producto social excedente existente, en parte disipado, lo que posibilitaría acelerar la industrialización. En los recursos económicos iniciales nada se ha modificado: sólo se han cambiado las condiciones sociales. Esto prueba que los principales obstáculos a la industrialización dependen no del atraso económico o la pobreza sino más bien de la estructura social.

Los estudios de Rostow sobre las condiciones del «despegue» económico consideran una parte de esos factores pero no tienen debidamente en cuenta los otros y llegan, en consecuencia, a una conclusión deficiente: la concentración, al menos en primera fase, de «aquellos que desean modernizar la economía».[33] El problema central: si en las condiciones sociales dadas y en las relaciones existentes dentro del mercado mundial capitalista, las ganancias de esos «modernizadores» serán utilizadas principalmente en establecer la industria o en edificios y hoteles modernos,[34] en nuevas firmas importadoras, en la compra de grandes latifundios, cuando no perdidos en los bancos suizos, queda sin respuesta.

[33] W. W. Rostow, ob., cit. p. 58. Véase también W. A. Lewis, ob. cit. p. 235: «Esto significa que la explicación fundamental de cualquier "revolución industrial", es decir, de una repentina aceleración de la tasa de formación de capital, se halla en una repentina elevación de la posibilidad de ganar dinero». Lewis comete el mismo error de equiparar la acumulación de capital-dinero y la de capital industrial. ¿Pero que sucede cuando esta «repentina posibilidad de hacer más dinero» ocurre fuera del sector industrial?

[34] En Beirut, existen numerosos edificios y hoteles, aun vacíos, en que los jeques árabes del petróleo han colocado su dinero. Esa clase de inversiones no ha dado origen, ni siquiera indirectamente, a grandes empresas industriales.

 Rostow acusa a Marx de «parcialidad» en su apreciación de los hombres, de que considere los hombres de orientación exclusivamente racional y proclives a buscar el máximo de beneficios; en tanto que él mismo, Rostow, los ve sobre todo como ávidos de poder, ocio, aventura, seguridad y continuidad de la existencia.[35] Marx no había, desde luego, pretendido nunca exponer consideraciones antropológicas generales, acerca del «hambre de lucro» de los hombres. Sólo comprobaba que en la, por él no deseada ni aprobada, sociedad burguesa, la economía generalizada de dinero y mercancías conducía a una persecución general de riquezas materiales, y ello determinaba todo el comportamiento de los poseedores de capital, quienes se veían obligados a seguir el mandato: «¡Acumula, acumula!», si no querían correr el peligro de ser triturados por la rueda de la concurrencia.

No vamos a discutir aquí si semejante análisis de la sociedad burguesa, que Marx deseaba suprimir por esa persecución general de las riquezas materiales que le parecía inhumana, o que al menos conducía a consecuencias inhumanas, coincide con la imagen histórica de esa sociedad en el siglo XIX, o con su imagen sociológica en el siglo XX. Lo que Rostow parece no haber comprendido es el hecho de que para la clase burguesa en conjunto, si no para cada individuo, «poder, ocio, aventura, seguridad y continuidad de la existencia» coincidieron siempre predominantemente, cuando no exclusivamente, con la acumulación de capital y la consolidación de la fortuna privada.

Otros caminos conducen por cierto a la industria moderna: Rusia y China lo han probado. Y hay todavía otros caminos desconocidos, que tal vez mañana utilicen algunos países en desarrollo. Pero algo es indudable: en una economía regida por clases sociales cuyo poder se basa en la propiedad privada de los medios de producción y en el acopio de riqueza personal, la industrialización sólo es posible cuando la situación socio-económica en su totalidad impone a esas clases un interés apremiante en la industrialización. El conjunto de circunstancias en que tiene lugar el salto del capital-dinero al capital industrial fue descrito por Marx en la siguiente forma:

> Originalmente fue el comercio la condición previa para la conversión de los oficios gremiales y doméstico-rurales y de la agricultura feudal en empresa capitalista. Transforma el producto en mercancía, en parte creándole un mercado, en parte agregando nuevos equivalentes de mercancías; suministra nuevas materias primas y recursos auxiliares a la producción; abriendo así nuevas ramas de producción, que se basan de

[35] W. W. Rostow, ob. cit., p. 149.

> antemano en el comercio, tanto en el mercado local y el mercado mundial, como en las condiciones de la producción que se derivan de este mercado mundial.[36]

De no tener lugar el proceso descrito en la última frase, o sólo insuficientemente (entre otras cosas a consecuencia de la concurrencia de mercancías extranjeras o la gran limitación del mercado interno), entonces se invalida el proceso de acumulación en la industria, o se realiza tan lentamente que no es posible hablar de una industrialización rápida. Cuando las clases sociales dirigentes encuentran un gran obstáculo en su camino y disponen, al mismo tiempo, de numerosas posibilidades de evasión,[37] la «modernización» y la explotación de la estructura social y política semifeudal o comunitaria arcaica conducirán a la acumulación originaria de capital-dinero pero no a la de capital industrial. Esta es la amarga experiencia que hacen hoy en día muchos pueblos y más de mil millones de seres humanos. La teoría económica de Marx la había ya expuesto hace más de cien años.

[36] *Das Kapital*, III, i, p. 320.

[37] Paul Bairoch ha dedicado varias obras (entre ellas: *Diagnostic de l'évolution économique du tiers monde* 1900-1966, París 1967) al tema; según él, una elevación rápida de la productividad agrícola, es decir, de hecho «una revolución en la agricultura», debe anteceder a la revolución industrial, como en realidad ocurrió en Occidente. Esto corresponde exactamente con las opiniones de Marx (compárese: *Das Kapital*, I, p. 710-11). Bairoch ve la debilidad principal de la economía del Tercer Mundo en que su productividad agrícola media sólo es más o menos la mitad de la que Occidente había alcanzado en vísperas de la revolución industrial (ob. cit. p. 63). Si esto es verdad y se trata aquí de un motivo evidente adicional para que el capital en esa región prefiera verterse en la agricultura y no en la industria, ello no haría sino confirmar nuestros argumentos. Es obvio que esas inversiones de capital suprimirán puestos de trabajo en lugar de establecer nuevos, incrementando así la miseria del Tercer Mundo no sólo relativa sino también absolutamente. En realidad, el ingreso real del trabajador rural indio después de la realización de la reforma agraria del Partido del Congreso, ha disminuido en vez de aumentado, entre otros motivos, porque esas reformas proporcionaron a los campesinos ricos independientes más medios para una explotación agrícola moderna.


YUK
YUK
¡QUÉ RICA LA LEY DEL MÁS FUERTE!
YUK
YUK